

Dos Exposiciones

En arte, en estética, hablamos de continuo del ser, de la esencia, vivencia, expresión plástica, para no nombrar sino unos pocos términos que se adaptan a la circunstancia de la obra de arte. Lo cierto es que, frente a ella, caben dos posiciones: la intuitiva y la razonadora. La conjunción de ambas puede dar como resultado un análisis más aproximado a la representación de la obra. Por supuesto que los campos abiertos, trillados, de los artistas que el tiempo ha juzgado nos permiten caminar con una mayor seguridad al emplazarlos en nuestras preferencias, que existen bien marcadas, en cada individuo, hacia una determinada tendencia artística. El razonamiento, en este caso, se resiste a la lógica aprendida y la intuición sirve de guía en una orientación entre confusa y desconcertante.

Personalmente gusto de la materia rica, trabajada, enojada con transparencias delicadas, de los colores castigados que parecen contenerse para no surgir como explosión de piedras preciosas en deslumbrantes reflejos, jugando sobre el terciopelo de los verdes y la calidez de las sienas. Las diferentes tendencias que se suceden a ritmo de vértigo no sedimentan lo suficiente como para determinar hasta qué punto su inserción en el mundo de la plástica puede determinarse no como accidentalidad de formas sensibles, sino como eternidad de tipos ideales.

Viendo las exposiciones con rigurosa objetividad, la estima que puede deducirse de una rápida visita es casi seguro que no puede desligarse de nuestra capacidad para asimilar la expresión plástica que encaje mejor con nuestro espíritu.

En la obra de Nemesio Antúnez, en la Biblioteca Luis-Angel Arango, se superaron dos personalidades. La de una delicada manera acorde con las formas sensibles, estructuradas en la eternidad de la sugerencia de un paisaje interior, reflejo de la raíz de su tierra, y la de una manera convencional cubriendo, a manera de velo laboriosamente tejido en rota geometría, la realidad expresiva que alienta en sus cuadros.

Luego de expresar mis preferencias en el color, hay que añadir que parte de los cuadros de Antúnez se adaptan a ellas. Que el formalismo latente en la concepción de su obra se entraña en su razón

de ser. Que, quizás, no aporta nada a su obra la anexión de un reminiscente "op", por cuanto la naturaleza consustancial de su pintura se arraiga en la inspiración de la cordillera andina, cuya bravura no se adapta precisamente a leyes convencionales. Ese es el motivo de sus preferencias, o al menos el que se intuye en la expresión de sus cuadros. Y esta expresión presenta la misma necesidad de perfección en su recuerdo que cualquier otra manifestación de la naturaleza. De ahí que los cuadros, los rectángulos, fina y delicadamente trazados, parezcan incongruentes en la hermosa pintura de Antúnez.

Periódicamente expone el grupo "La Mancha". Dibujos de Rafael Penagos, pinturas de Héctor Marín y esculturas de Jaime Peña se agrupan de nuevo en la galería "Avenida 19" del Centro Colombo Americano.

Cuatro personalidades bien definidas y distantes una de la otra, que se aproximan en el esfuerzo de un callado y continuado trabajo. La obra de Penagos, dibujante sensible y depurado, encerrado en el mundo de la línea en observación de cuanto le rodea, creando con elementos mínimos, de exquisita elegancia, obras terminadas en su aparente forma inconclusa.

Las alegres sinfonías florales de Héctor Marín frente a la torturada abstracción expresionista de Nelson Faccini, se completan con la nueva forma escultórica, interesante, de Jaime Peña.

María Victoria Aramendia.